Crítica para los pibes

AÑO II — BUENOS AIRES, Miércoles 19 de Enero de 1927 — No. 71

LIA Y RAQUEL

Por AMADO NERVO



ERAN dos hermanas, las dos hermanas de todos los cuentos, y, como las dos hermanas de todos los cuentos, una rubia, morena la otra; sólo que aquí la rubia era hermosa y la morena era fea y contrahecha. La rubia era la guapa de la familia, aquella para la cual se compran las telas y las joyas, la que el papá y la mamá invitan con insistencia al teatro y a visitas, en tanto que dicen a la otra: "¿Tú no has de querer ir, verdad? Debes estar cansada..."

La morena era una verdadera "Cenicienta", la Cenicienta sin encanto de esta historia sin interés; una Cenicienta cuyo pie no iría nunca a buscar el príncipe maravilloso para calzarle el chapían de cristal hallado en el camino...

Era tímida, como lo son generalmente las mujeres contrahechas, y sus ojos parecían pedir a todo el mundo perdón de atreverse a brillar; perdón del desacato de ver como los otros—jubiloso color de rosa de las mañanas en oro en sazón de los mediodías y la austera opulencia de las tardes; la fiesta de las hojas y las flores en la landa y la majestad del cedro en la montaña; el raso trémulo de los lagos y el azul pensativo de los cielos...

Sabía la fea—a la que llamaremos Lía, en memoria de aquella triste hermana de Raquel, de ojos pitañosos, que Labán puso con vergonzante cautela en el lecho de Jacob como premio de siete años de trabajo—: sabía la fea ejecutar mil primores; era, como las augustas reinas que hilaban en la rueca sus telas y sus sueños, verdadera maga de cuyos dedos salían prodigios: ¡cuántos tejidos, que parecían, tal era su finura, hechos con los propios "hilos de la Virgen" o con la substancia misma de la ilusión! ¡Cuántos manjares dignos de la mesa de un emperador! Y, con esto, una pericia elegante y suave para tocar el piano y el arpa.

Lía había aprendido desde temprano que era preciso vestir su fealdad, vestirla de algo para que fuese menos ingrata ante los ojos de los hombres, y la había vestido su inteligencia, de bondad y de amor. Su alma era una piedra preciosa, cuyo mayor mérito consistía en un instinto incalculable de sacrificio.

Era Lía uno de esos seres llenos de misericordia y de abnegación que siempre ceden su parte en la vida y tornan, si es posible, más desnudos que los otros a la eternidad.

Si acertaba a cocinar una de esos manjares sabrosos y deleitables que son la alegría de una mesa, todos menos ella lo gustaban, porque era su placer que lo gustasen todos, prometiéndose gustar ella lo que quedara, y por lo común nada quedaba.

Siempre llegaba tarde para recibir el bien, semejante al poeta de la fábula, que se presentó después de todos ante Jove cuando ya estaba hecha la total repartición de las heredades del universo mundo.

Si su hermana, tras de haber derrochado sus haberes, tenía un capricho, estaban allí los ahorros de Lía. Si su hermana, a la que llamaremos Raquel para apurar el símil bíblico que usamos al principio, cometía un yerro, Lía echaba sobre sí la culpa y recibía sin protestar el condigno castigo. Lía era quien rompía siempre los platos, quien perdía los dedales y las tijeras, y acababa primero con los trajes, quien quemaba la leche de los postres, y se dejaba robar por la criadas.

Lía tenía siempre la culpa; era éste un principio establecido en la casa.

Pero un día, aquella alma desnuda de todo, hasta de deseos, sintió que llamaban laso y con insistencias a su puerta, y pálida se estremeció: el que llamaba así era el amor.

Entre el enjambre de muchachos que cortejaban a su hermana, bella como éxtasis, y a quienes Raquel correspondía con un amable y coquetón desdén "colectivo", uno, Carlos, guiado quizá por secreto instinto, había ido poco a poco alejándose de la hermosa para acercarse directamente a Lía, a la pobrecita Lía, tan callada, tan fea, tan pálida y tan triste, adivinando quizá la santa piedra preciosa de su espíritu.

Era Carlos un muchacho silencioso también y pensativo; probablemente un ideólogo, un poeta, un sentimental que empezaba por confundir el amor con la misericordia.

Lía tuvo miedo al principio, un miedo terrible de engañarse; luego, siguiendo su avasalladora tendencia al sacrificio, miró hacia todos los lados en lo zona de su vida, para ver si alguna de los que pasaban, necesitado de amor, le pedía el de Carlos, a fin de dárselo... Mas nadie apareció en el camino, nadie se dió cuenta de que Lía era poseedora de un cariño muy grande, y entonces, la infeliz, (como el niño mendigo que tropieza en la calle con un juguete, vuelve tímidamente la mirada en rededor por miedo de que algún niño rico le reclame el hallazgo y le pegue y al ver que nadie le persigue se aleja glorioso, recatando su tesoro) echó a correr con su cariño escondido en el más casto escondrijo de su alma, al rincón más apartado de su vida, y ahí se llevó aquel amor recién nacido a los labios, con unción infinita, y púsose a besarlo, dulcemente, muy dulcemente, primero; después, como una insensata, en un inopinado despertar de vida, presa de una poderosa conflagración de anhelos y temores y esperanzas...

¿La amaba Carlos? ¡Oh, sí, sin duda; no hay en el mundo un ser bastante malo para burlarse de una fea hasta el punto de sacudir con engañifas la virginidad callada, hermética y pudorosa de su alma...; Carlos no era malo, y Carlos le había dicho que la quería así como era, morena, muy morena, bajita, muy bajita, contrahecha, canija ñoña y mísera! Tenía, sin embargo, un mieda cerval de que aquello se trasluciera, miedo y vergüenza, y no cesaba de suplicar a su Carlos generoso:

—¡Por Dios, no lo digas, por Dios, que nadie lo sepa!—y añadía para su coleto—: ¡Si supieran que poseo este tesoro y viniesen a pedírmelo... tendría que darlo!

Pero nadie lo supo, por más que magüer el disimulo de ambos, metódico y reconcentrado, era tan fácil darse cuenta de ello con sólo mirar los pobres ojos de Lía, aquellos ojos llenos ahora de felicidad, y que la iban proclamando "a grito herido", como si dijéramos, por toda la casa, y por toda la ciudad y por toda la vida...

Lo que aconteció fué diferente y monstruoso, dentro de la monstruosidad consuetudinaria de la existencia; aconteció que Raquel empezó a enamorarse de Carlos. ¿Por qué? Por una razón muy sencilla: porque Carlos era el único que se substraía a sus encantos inefables; el único que, sin que ella pudiera comprender la causa, le negaba el pleito homenaje, y—¡esto es y ha sido tan humano!—nació en ella, como en tantas otras en casos semejantes, un capricho, un capricho de conquistadora desdeñada, que se apercibe a luchar con el arsenal de todas sus gracias, que echa mano de todos sus recursos. Empero, el ímpetu de la hermosa se estrelló ante la inconsciencia de Carlos. Entonces el capricho se volvió amor.

Carlos no se dió cuenta al principio de los sentimientos que inspiraba. Estaba serenamente asomado al alma de Lía... Pero al fin los ojos azules de Raquel empezaron a turbarlo. Lía tampoco se había dado cuenta de nada; amaba en pleno recogimiento y en absoluto éxtasis... Pero al fin fué nevando sobre su espíritu la frialdad creciente, lentamente creciente, imperceptiblemente invasora de Carlos; y un día, después de muchos meses en que los ojos maravillosos y los encantos todos de Raquel habían hecho su obra, y en que la misma dificultad y lentitud de esa obra había acabado por enamorar locamente a la bella testruda, ésta dejó que saliera de sus labios un turbulento grito de conciencia.

—¡Hermana, hermana; yo sufro mucho, yo estoy enamorada de Carlos!

Lía sintió al oir el grito lo que el niño del símil cuando le piden el juguete que había encontrado; algo como un rápido y doloroso convencimiento que podría traducirse con estas palabras o con palabras semejantes a éstas: "¡Es claro! ¿Cómo pude yo pensar que era para mí una cosa tan bella? Pues qué, ¿he tenido yo algo alguna vez en la vida?"

Pregunta esta última formulada íntimamente, con naturalidad y sin la menor sombra de despecho; porque el instinto de sacrificio ingénito, la tendencia idiosincrática a la oblación, había ido borrando toda idea de derecho propio y de posesión en aquella alma... casi toda idea de individualidad.

Sin embargo, fuerza es confesarlo; Lía se defendió esta vez; tuvo un impulso, ¡el único de rebelión! No tan fácil se arranca del corazón lo que es ya su vida, su luz y hasta su propia substancia.

—No—respondió Lía—; tú no estás enamorada de Carlos...

E iba añadir: "Carlos me quiere. ¡Me lo ha contado!"

Pero no lo dijo. Raquel, abrazándola, como siempre que quería obtener algo de ella, dejó escapar un torrente de palabras:

—Sí, lo quiero, hermanita; lo adoro; es el único hombre que he querido en mi vida; es preciso que me ayudes con papá, con mamá, con él mismo..., ¿eh? Lía se asió a la última esperanza débil y alirrota que pasaba:

—Pero Carlos... ¿te ha dicho algo?

No; Carlos no le había dicho nada aún. Carlos tenía vergüenza y remordimiento. Carlos será bueno en el fondo (como todos los infidentes y los transfugas). Pero, en primer lugar, si se llegó hasta Lía fué porque, visto al principio por Raquel, rodeada de amadores, con cierto desdén, no cupo en el número de sus probabilidades de ser amado por ella; y luego, porque Lía estaba tan sola y era tan desvalida y tan pequeñita dentro de la existencia, que la compasión se vistió de cariño...

—Le quiero mucho, hermanita, ayúdame...—Lía emudeció algunos segundos, los pocos segundos que ella necesitaba para una oblación, y luego besó a Raquel con un beso suave, cuchicheándole al oído:

—¡Sí, hermanita, yo te ayudaré!

Al día siguiente, Carlos recibía estas breves líneas:

"Carlos: Mi hermana le quiere a usted y usted quiere a mi hermana; yo, por mi parte, había imaginado quererle; pero me engañaba; le quería sólo en nombre de Raquel, y mientras llegaba... ¿Desea usted hacerme feliz? Pues hágala dichosa."

Esto que refiero pasó hace muchos años. Raquel se casó con Carlos y hoy es una venerable abuela. Lía, después de haber sido una verdadera madre para los hijos de Raquel, por los cuales se sacrificó siempre, era una segunda abuela para los nietos, por quienes también empezaba a sacrificarse.

Pero en la pasada primavera, una pulmonía se la llevó a la tumba, y la noche en que velábamos su cadáver, observando con pena que ni la muerte, que es una gran embellecedora, había logrado embellecerla, un viejo amigo de la casa, católico él, me llevó al hueco de un ventana para decirme con acento piadoso:

—Ahí, donde usted la ve, es muy posible que esa buena de Lía esté a estas horas en el infierno...

—¿Por qué—le pregunté sorprendido.

—¡Ah!—me respondió alisándome la barba, ademán que le es peculiar—. Porque si encontró en el camino de la muerte a un pobre réprobo, es muy capaz de haberle cedido su bienaventuranza y de haberse hundido ella en su lugar en el infierno por toda la eternidad...

EL SUEÑO DE AKINOSUKE

En el distrito de Toichi, provincia de Yamato, vivió un goshi, cuyo nombre era Miyata Akinosuké... (Aquí es preciso decir que en los tiempos feudales del Japón había una clase privilegiada de soldados agricultores, terratenientes libres, a los que llamaban **goshis.**)

Akinosuké tenía un hermoso jardín. En él existía un antiquísimo cedro, bajo cuyas amplias y elevadas ramas solía dormir en los días de calor bochornoso, en esos días en que era imposible permanecer en casa. Una tarde se hallaba echado, en compañía de dos amigos (también goshis), bajo la sombra del magnífico árbol. Bebían vino y charlaban alegremente. De pronto, Miyata se sintió muy amodorrado, tan amodorrado, que tuvo que rogar a sus amigos que le dispensaran el que durmiera una pequeña siesta delante de ellos. Se colocó en posición cómoda, junto al tronco del árbol, y soñó lo siguiente:

Miyata Akinosuké empezó su sueño creyendo ver que mientras estaba descansando en su jardín aparecía a lo lejos una larguísima procesión, igual que el cortejo de un gran daimio, que descendía lentamente por la colina próxima, y él se subió a una altura para contemplarla mejor. Era una procesión tan larga que Miyata no recordaba haber visto nunca otra parecida. Y la procesión avanzaba hacia su jardín. Observó que en el cortejo venía un considerable número de jóvenes lujosamente vestidos, que conducían un gran coche de laca, semejante a un palacio, un **goshogurumą** (especie de palanquín). Los cordones con que lo llevaban suspendido de sus hombros eran de brillante azul. Cuando la procesión llegó a pequeña distancia de la vivienda de Akinosuké, se detuvo. Y un hombre adornado con enormes cintas y emblemas, persona de alto rango, sin duda alguna, avanzó hasta Miyata, se inclinó reverentemente, y dijo:

—Honorable señor; estáis ante un **kerai** (vasallo) del Kokuo de Tokoyo. Mi señor el rey, me manda a saludaros en su augusto nombre y a ponerme por completo a vuestra disposición. También me ordena que os informe que su augusta voluntad desea veros en palacio. En consecuencia, servíos entrar inmediatamente en este noble coche que el rey os manda para conduciros hasta el palacio.

Al oir estas palabras, Miyata quiso hacer algunas objeciones; pero quedó sorprendido al notar que apenas podía expresar los sonidos, y en aquel momento le pareció que su voluntad le abandonaba, y se vió obligado a cumplir todo lo que le propuso el **kerai.** Akinosuké entró en el carruaje, y el **kerai** se puso a su lado e hizo una señal. Los palanquineros asieron los cordones de seda, volvieron el cochecillo hacia el Sur y empezaron a caminar.

En muy poco tiempo, según le pareció al alucinado goshi, el carruaje llegó frente a una gran entrada **(romón)**, en donde se detuvo.

Tendría unos dos pisos de altura y era de un estilo chino que nunca había visto en otra parte. El **kerai** se apeó de su montura y le dijo:

—Voy a anunciar vuestra ilustre presencia.

Y desapareció.

Después de una corta espera, Akinosuké vió salir a dos hombres de apariencia noble, que iban vestidos con trajes de seda púrpura y se cubrían con altos gorros, cuya forma indicaba la alta categoría de sus dueños. Llegaron hasta la entrada, saludaron respectuosamente a Mitaya y le ayudaron a salir del palanquín, haciéndole entrar por una puerta grande. Luego le condujeron a través de un palacio cuyo frente parecía extenderse de Este a Oeste en una longitud de varias millas. Akinosuké se vió introducido en un maravilloso salón de ceremonias, que no tenía principio ni fin, así de grande era, y alhajado con un esplendor inimaginable. Sus guías le llevaron hasta el sitio de honor, y con mucha finura y delicadeza le pidieron permiso para sentarse y se sentaron en unos divanes separados. Entretanto, salieron unas doncellas en trajes de recepción, y le pusieron delante unos refrescos. Cuando Miyata humedeció su seca garganta, los dos cortesanos vestidos de púrpura se inclinaron hasta tocar con la cabeza en el suelo, delante del atónito goshi. Y empezaron a hablar, haciéndolo alternativamente, según la etiqueta de la cortesía.

—Ha llegado la hora de cumplir con nuestro deber... y éste es el de informaros sobre los motivos de vuestra venida a este gran palacio... La augusta voluntad de nuestro señor, el rey, que seáis su yerno... Y es también su orden y deseo que caséis en este mismo momento... con la augusta princesa su hija doncella... Pronto os conduciremos al salón del trono, donde su Alta Majestad os espera. Mas es necesario primeramente que os vistamos con trajes y adornos apropiados para la gran ceremonia.

Al terminar, ambos cortesanos se levantaron a un tiempo, marchando hacia una alcoba en la que había un colosal armario de laca dorada.

Los abrieron y sacaron varios trajes y ceñidores, de géneros costosísimos, y un kumarai o casquete regio.

Con todas estas cosas ataviaron a Miyata, poniéndole en estado de dignificar a su futura realeza principesca, y le llevaron al salón del trono, en el cual vió al Kokuo de Toyoko, que estaba sentado sobre el **daíza,** cubierto con el gran gorro negro de su dignidad real y vestido con un traje de seda amarilla.

Delante del **daíza,** a derecha e izquierda, se hallaban infinidad de altos dignatarios, colocados en filas, inmóviles y magníficos como las estatuas de un templo. Akinosuké, avanzando por entre todos ellos, saludó al rey, haciendo las postraciones usuales.

Su Majestad le respondió con palabras cariñosas y le dijo:

—Ya os han informado del motivo por el cual os trajeron a nuestra presencia. Hemos decidido que seáis el esposo elegido para nuestra hija, y los esponsales tienen que celebrarse ahora mismo.

Cuando el rey terminó de hablar se oyeron los acordes de una música alegre y bellísima. Y de detrás de unos cortinones salió una interminable hilera de bellas cortesanas, que se hicieron cargo de Akinosuké para conducirle a la cámara en que le esperaba su real novia.

La habitación era inmensa, y apenas cabían los invitados reunidos para atestiguar la ceremonia nupcial de Miyata con la princesa de Tokoyo. Todos se inclinaron ante Akinosuké cuando éste se acomodó en su cojín, dando frente a la hija del rey. La novia parecía una doncella celeste, y sus vestidos eran tan bellos como un limpio cielo estival. La boda se celebró en medio de grandes y regocijadas fiestas. Después, la parejita fué conducida a una serie de departamentos que les habían sido destinados en otra parte del palacio. Allí recibieron miles de felicitaciones de muchísimas personas nobles, y los regalos de boda que reunieron fueron incalculables.

•

Algunos días más tarde, Miyata volvió a ser llamado al salón del trono. Y el Kokuo lo recibió con mayores demostraciones de afecto aun que en la vez anterior. Y le dijo:

—En la parte sudoeste de nuestro imperio hay una isla que se llama Raishu. Os hemos nombrado gobernador de ella. Aquel pueblo es leal y dócil, pero sus leyes no han sido puestas de acuerdo con las leyes de Tokoyo y sus costumbres no han sido reguladas de un modo prudente. Os confiamos el deber de mejorar la condición social (hasta el mayor grado posible) de aquellos lejanos súbditos. Y deseamos que los gobernéis con bondad y sabiduría. Ya están hechos todos los preparativos necesarios para vuestro viaje a la isla de Raishu.

•

Akinosuké y su esposa abandonaron el palacio de Tokoyo, siendo acompañados hasta el muelle por una gran parte de oficiales y de nobles, y la pareja se embarcó en un navío del rey. Con viento favorable se dieron a la vela para Raishu, adonde llegaron con toda felicidad. Todo el pueblo de la isla se había reunido para darles la bienvenida..

•

Inmediatamente se posesionó Akinosuké de sus nuevos deberes, los cuales no eran muy penosos. Durante los tres primeros años de su gobierno se ocupó, más que en otra cosa, en el estudio y ordenamiento de nuevas y justas leyes. Pero como tenía muchos y sabios consejeros que le ayudaban en sus tareas, jamás encontró desagradable el trabajo. Cuando estuvo terminado todo, quedó sin deberes activos que cumplir, fuera de la asistencia a los ritos y á las ceremonias que dimanaban de las antiguas costumbres. El país llegó a ser tan sano y tan fértil que las enfermedades desaparecieron casi por completo. Y los habitantes eran tan buenos y tan pacíficos, que no se vulneraba ninguna ley.

Akinosuké vivió y gobernó en Raishu por espacio de 20 años más. Llevaba ya en el país, por consiguiente veintitrés años y, durante tan largo período ninguna sombra de tristeza oscureció la gran felicidad con que transcurría su vida.

Pero al llegar al vigésimo cuarto año de su gobierno le ocurrió una tremenda desgracia, pues su esposa que había traído siete hijos al mundo, cinco niños y dos niñas, enfermó gravemente y murió. Fué enterrado con extraordinaria pompa en la cúspide de una bellísima colina del distrito de Hanryoco. En su tumba se erigió un esplendoroso monumento. La muerte de la princesa causó tanta pesadumbre en el enamorado corazón de Miyata, que éste perdió la afición a vivir.

•

Cuando terminó el período reglamentario del duelo, llegó a Raishu un enviado especial de Tokoyo. Era un **shisha** (heraldo real). Entregó a Akinosuké un mensaje de condolencia, y exclamó:

—Estas palabras que os voy a dirigir son las que me mandó comunicaros nuestro ilustre señor el rey de Tokoyo: "Hemos decidido enviaros a vuestro propio y antiguo país. En cuanto a los sietes hijos que tenéis, son los nietos y nietas del rey, y se cuidará de ellos como es menester. Por esto, librad a vuestro corazón de que pase angustia por ellos."

Miyata se preparó sumisamente para el cumplimiento de esta orden. Y arregló su marcha. Una vez que todos sus asuntos estuvieron terminados, y después que dió la audiencia de despedida, se dirigió al embarcadero hasta donde le acompañaron los consejeros, sus oficiales y el pueblo, que le tributó grandes honores. Había preparado un barco y en él se dió a la vela, bajo el claro azul del cielo y sobre el espeso **azul del mar... Y la forma de la isla se hizo azul también... Y luego se tiñó de gris... Y por último se desvaneció para siempre... Y Akinosuké se despertó de pronto. Y estaba junto al cedro de su jardín...**

Durante los primeros momentos se quedó estupefacto. Pero en seguida divisó a sus compañeros, todavía sentados cerca de él, y bebiendo y charlando. Los contempló de un modo aturdido, y gritó:

—¡Qué extraño!...

—Miyata debe de haber estado soñando—exclamó, riéndose, uno de los amigos—. ¿Qué visteis?... ¿Qué era lo extraño?...

Entonces refirió su sueño, el maravilloso sueño de los veintitrés años de su estancia en la isla de Raishu en el reino de Tokoyo. Y se quedaron asombrados de que hubiera podido soñar tanto en tan pocos minutos que estuvo dormido.

Uno de los goshis exclamó:

— Ciertamente, habéis visto cosas fantásticas pero también nosotros hemos visto algo extraño y fantástico mientras estábais sesteando. Una pequeña y linda mariposita, de colores amarillos, estuvo revoloteando sobre vuestra frente durante unos segundos. Y nos quedamos observándola. Y se posó en la tierra, a vuestro lado, cerca del árbol. Casi al mismo tiempo de haberse posado, apareció una hormiga grande, muy grande, que salió de un agujero, y asiéndose a la mariposa, la arrastró dentro de él.

Y precisamente en el momento de despertaros, la mariposa volvió a salir del hoyo, revoloteó de nuevo sobre vuestro rostro y desapareció.

—Quizá fuera el alma de Akinosuké—insinuó el otro goshis-Porque yo la vi revolotear en la boca de Miyata... Más, aunque la mariposa fuera el alma de Akinosuké, sin embargo, el hecho no puede explicar un sueño tan raro...

—Las hormigas nos pueden dar la solución—replicó el que había hablado antes—. Las hormigas son unos seres muy extraños... ¡Quizá sean duendes!...¡O trasgos!...¡O malos espíritus...¿Quién sabe?... Y, en todo caso, junto a este cedro tenemos un inmenso hormiguero, examinémosle, gritó Miyata, grandemente impresionado por esta idea. Y marchó por una azada.

• •
•

La tierra que circundaba las raíces del cedro había sido removida, y removida de una manera bien extraordinaria, por una numerosa colonia de hormigas. Más al interior se veían las excavaciones hechas por estos raros animalitos. Y sus construcciones de arcilla, de tallos y de paja tenían extraordinario parecido á ciudades en miniatura.

En medio de una construcción infinitamente más grande que las otras, había un maravilloso enjambre de hormigas pequeñísimas, que rodeaban á una hormiga muy grande, que tenía una enorme cabeza negra y alas amarillas.

—¡Toma! ¡Este es el rey de mi sueño!—gritó Miyata—. ¡Y aquí está el palacio de Tokoyo!... ¡Esto es una fantasía nunca vista! !Esto es asombroso!... Raishu debe estar algo más al Sudoeste, á la izquierda de esa raíz grande, ... ¡Sí! ¡Aquí está!... ¡Pero qué foacoe k-bi odm , Nsacj sh shra extraño! ¡Pero qué extraño!...

Ahora tengo la seguridad de que encontraremos la montaña de Hanryoco y la tumba de la princesa...

Buscó y buscó en los restos de la guaridad, y por fin descubrió una pequeña cárcava, en la cima de la cual se hallaba colocada una guija enmohecida que tenía la forma de un monumento budista. Debajo, y cubierto de arcilla, encontró el cadáver de una hormiga hembra.

Lafcadio Hearn.

La dulce voz que oímos todos los días

¡Tienes una voz tan dulce!
Yo no sé por qué será::
te oímos y nos dan muchas
ganas de quererte más.

Tienes una voz tan dulce
y una manera de hablar,
que aunque a veces tú también
estés triste de verdad
haces reir a abuelita
cuando ella quiere llorar.

¡Y ninguno sabe en dónde
encuentras tanta bondad
para poder decir unas
cosas que nos gustan más!

¡Si vieras cómo nos gusta!
No te habrás de imaginar
lo mucho que sufriremos
si tú nos dejas... Mamá
dice que cuando te cases
nos tendrás que abandonar,
y eso es mentira: ¿no es cierto?

Nunca nos dejarás solos
que nunca te casarás?
Porque eres buena ¿verdad?
¿Alguna vez has pensado
qué haremos si te nos vas?

¿No lo has pensado? Nosotros
no lo queremos pensar.
Si tú te nos vas, ¿entonces
qué voz extraña vendrá
a decirnos esas cosas?

¿Nos hará olvidar tu voz
que tú ya no nos dirás?
La voz que vendrá. Lo hará?
¿Hará reir a abuelita
cuando ella quiere llorar?

Evaristo Carriego.

Chist

¡Tengo yo un angel tan bello!
¡Con unos labios tan rojos!
Negros, muy negros los ojos;
rubio, muy rubio el cabello.

Junto a la cuna yo miro
su faz dormida y serena,
más blanca que una azucena,
más suave que un suspiro.
En su rostro angelical
brilla el alma candorosa,
como el botón de una rosa
en un vaso de cristal.
Venid; en su boca vierte
el sueño blanda sonrisa,
¡Eh!... no vengáis tan de prisa:
Callad, que no se despierte.

II

¿No veis con qué gracia va
la tierna boca entreabriendo?
Pues siempre que está durmiendo
siempre sonriéndose está.
Tiene poco más de un año...
no la beséis... duerme ahora,
y al despertar siempre llora
como si le hicieran daño.
Mirándola estoy dormida.
y me estoy mirando en ella;
la veo como una estrella
en la noche de mi vida.
¡Hermosa niña! ¡Qué suerte
le guardará la fortuna!
No mováis tanto la cuna;
callad, que no se despierte.

III

Es un ángel de hermosura
de esos que una madre sueña;
Tiene la faz tan risueña...
¡y la mirada tan pura!...
¡Con qué indefinible anhelo
miro su tez sonrosada!
¡Es un alma desterrada,
sí, desterrada del cielo!
Más bajo... no habléis tan fuerte;
no turbéis su sueño blando:
¡Sueña! ¿Qué estará soñando?
¡Callad, que no se despierte!

José Selgas.

ORIGEN DE LOS MARES TIERRA Y AGUAS

El sistema planetario—

El problema de la formación de los mares en la superficie terrestre, está íntimamente ligado al del origen de todo nuestro sistema planetario. Y la explicación científica más satisfactoria que hasta hoy día se ha dado de este magno y complicado misterio, es la teoría de Laplace, ilustre matemático y cosmógrafo francés, que floreció a últimos del siglo XVIII y principios del XIX (1749 -1827).

Según esta teoría, los diversos sistemas de cuerpos celestes que componen el universo sideral, proceden cada uno de ellos, de la lenta evolución de una nebulosa primitiva. Una nebulosa es un conjunto o inmenso manojo de materia cósmica, dotada de un movimiento de rotación al rededor de un eje constante. Gracias a este impulso inicial y continuo, a medida que el núcleo de una nebulosa se va enfriando, disminuye de volúmen; y como el enfriamiento es más rápido y mayor en la periferia que en el centro de la nebulosa, poco a poco fueron desprendiéndose de ella gracias a la fuerza centrífuga desarrollada por la rotación, grandes masas de materia cósmica, que continuaron, no obstante, gravitando separadamente, comenzando a condensarse mayor, tam bién está contada, como la de los hombres.

Origen de los océanos—

Una vez separada de la nebulosa madre, la masa que debía formar la Tierra continuó girando en torno del hogar perdido y girando a la vez sobre sí misma. La Tierra era entonces un verdadero torbellino de materia cósmica en fusión. Una de las substancias que constituyen la corteza terrestre hervían, en estado fluído, a una temperatura formidable. Pero poco a poco, y obedeciendo a la misma ley de enfriamiento que había provocado la ruptura de la nebulosa originaria, la Tierra comenzó a solidarizarse ligera y superficialmente. Entonces, cuando la temperatura terrestre llegó a ser inferior a 360.o — esto es, a lo que se llama la temperatura crítica del agua, porque por encima de ella el agua no puede existir en estado líquido, — todas las cavidades y depresiones de la faz de la corteza terrestre fueron llenándose de aguas humedad. Y así nacieron, lentamente, los mares.

Densidad del agua marina—

Gracias a la extraordinaria cantidad de substancias diversas que están disueltas en ella el agua de mar es más espesa que el agua terrestre. ¿Quién no ha observado, a simple vista y sin embargo, no es fija, sino que varía notablemente, según los parajes e incluso, en un mismo sitio, según las horas del día.

Desde muy antiguo han sido ya observadas estas hermosas y pintorescas variaciones del color del mar. Homero, el gran poeta griego, para calificar el matiz de las aguas marinas usa adjetivos sorprendentes, tales como el "cerúleo" o el "vinoso" mar, indicando que las ondas eran, en determinados momentos, de color de cera o de color de vino. El divino poeta se refería al mar que besa las occidentales y graciosas costas de la Grecia clásica. El océano Atlántico, en nuestros días, suele ser constantemente verdoso. Los mares llamados Rojos, Amarillo y Negro, deben esos nombres a la coloración de sus aguas. En el Mediterráneo, cerca de las costas, se perciben grandes extensiones o manchas violáceas, que rompen la nitidez de la tonalidad azul e indican la existencia de fondos rocosos y poco profundos. A ellos se debe la incomparable esplendor de las aguas que bañan la "costa brava" de Mallorca en el mes de Abril, esperación de los pintores. El naturalista Tuckey refiere que en Lango (costa africana), muchas veces el mar se le apareció de color de sangre. Y en las islas coralinas del Pacífico, las aguas que llenan sus lagunas interiores son amarillas, anaranjadas o verdes, teñidas por las mágicos destellos que reciben del fondo.

El mar en calma refleja, como un espejo, la tonalidad del celaje, luminoso o opaco. Muchas veces, principalmente en otoño y a la puesta del sol, que en aquella época del año suele ser larga, arrebolada y espléndida, cielo y mar se convierten en una hoguera, de oro y de púrpura, o aparecen como fundidos y formando una sola e inmensa bóveda de ónice y nácar.



El Atlántico con sus verdes olas coronadas de espuma.

A qué es debido el matiz de las aguas—

Tres son las causas principales del color del mar: la primera, su composición; la segunda, el celaje que lo cubre, y la tercera — la más importante — la constitución de su fondo.

Los organismos mezclados al agua marina y las partículas minerales que hacen en ella, intervienen en su tonalidad. Un banco de algas, a unos 40 metros de profundidad, transforma el azul marino del Mediterráneo en un tono dorado, oliváceo y sombrío.

Los últimos trabajos oceanográficos demuestran que la agitación del oleaje superficial muchas veces se trasmite hasta el fondo de los mares. Sin duda por esta causa el Canal de la Mancha y el Mar del Norte tienen casi siempre un aspecto turbio y fangoso. La profundidad general de estos mares es inferior a 100 metros, y en muchos sitios no pasa de 50. Y como la oscilación de las olas se trasmite, de arriba abajo, a una profundidad equivalente a 300 veces la altura de la onda superficial, esta agitación llega hasta el fondo y allí remueve las arenas y lodos yacentes. Los partículas más ligeras se mezclan entonces al agua, ladar humano, puede decirse que las aguas marinas contienen — aunque en algunos casos sólo en cantidades infinitesimales — todos los cuerpos químicos conocidos. Las sales de oro, por ejemplo, se encuentran también en el mar, en la proporción de 50 miligramos por tonelada. De suerte que, reduciendo este hecho a un cálculo aproximado y pintoresco, resi-



Primitiva superficie terrestre y su atmósfera en perpetua ebullición

dándole un aspecto sucio, por completo distinto de los azules y verdes purísimos de Mediterráneo y los grandes mares tropicales.

Otro admirable fenómeno de coloración marina, es el que se ofrece con frecuencia en alta mar. A menudo los navegantes descubren maravillados, en plena noche, grandes extensiones de mar fosforescente. Las aguas parecen iluminadas de una manera misteriosa, como por miríadas de chispas de luz. Ese espectáculo mágico es debido a la presencia, en la superficie del océano, de enormes cantidades de organismos (algunos de ellos microscópicos), que hacen entre dos aguas, por la soledad nocturna, y emiten aquella trémula y plateada fosforescencia.

¿Por qué el agua marina es salobre?—

Las aguas primitivas no eran, en manera alguna, frescas y espumosas como las que nosotros conocemos y aprovechamos, tan regaladamente, para nuestros baños marinos. Los mares primitivos, por el contrario, eran como verdaderas e inmensas piscinas de agua en ebullición. Todo cuanto hoy contiene sumergido en ella se disolvía en el acto. Como la corteza terrestre que servía de techo a aquellos mares estaba sometida a una temperatura infernal, las aguas que se derramaban sobre cuellas se volvían inmediatamente hirvientes.

Ahora, bien: sabido es que el poder disolutivo del agua está en razón directa de la elevación de su temperatura. Y los mares primitivos, que eran pélagos candentes de vapor, debieron necesariamente disolver y fundir en su seno cantidades enormes de todas las substancias que constituían la corteza terrestre sobre el cual descansaban. Entre esas substancias, las más solubles por su naturaleza debieron ser, y son todavía, las sales de sosa y potasa. Y en la inimaginable asimilación que de ellas hizo el hervor de los océanos originales, está probablemente la causa del sabor salobre que aún conservan las aguas del mar.

Pero, además de estas sales que les dan su cualidad más característica, desaradable al paladar humano, hay que tener en cuenta que las aguas marinas contienen — aunque en algunos casos sólo en cantidades infinitesimales — todos los cuerpos químicos conocidos. Las sales de oro, por ejemplo, se encuentran también en el mar, en la proporción de 50 miligramos por tonelada. De suerte que, reduciendo este hecho a un cálculo aproximado y pintoresco, resi-

La ingratitud de un malvado

Un lobo se tragó cierto día un hueso que quedó atravesado en el medio de su garganta. El animal se puso a correr, mientras aullaba, solicitando ayuda de cuantos animales encontraba en su camino. Y prometía una bella recompensa si lograban extraerle el hueso.

Por fin, una cigüeña de largo pico realizó la operación. Hundió el pico hasta el fondo de la garganta del lobo, tomó el hueso y lo retiró. Pero cuando pidió la recompensa ofrecida, el lobo sonrió con malicia y contestó: "Puedes considerarte feliz, pues pudo haberme tragado tu cabeza mientras la tenía entre mis dientes".

Ciertas gentes son como los servicios que se les hace. Este lobo: ¡Jamás reconocen los servicios que se les hace

El color del mar—

¿De qué color son las aguas marinas? Si dirigís esta pregunta a un centenar de personas capaces de contestar con experiencia propia, la mayoría os diría que el mar es azul. Esto es, en efecto, el color que más generalmente presenta.

Cuando se examina una pequeña cantidad de agua de mar, por ejemplo la que cabe en una botella, o jofaina como la de uso corriente, parece incolora: pero si se observa una masa importante de ella, en seguida se advierte su tonalidad azul. Esta coloración es propia del agua. Sin

Digitized by Google

LA VUELTA AL HOGAR

Por RABINDRANATH TAGORE

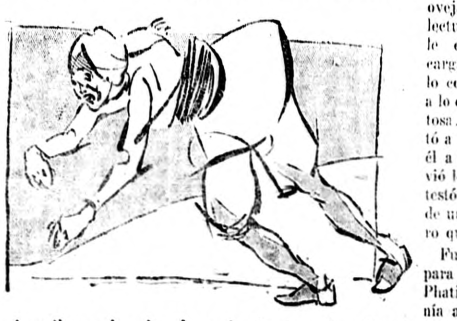
PHATIK Chakravorti era el cabecilla de la chiquillería de la aldea. Aquel día se le había metido en la chorla una nueva travesura. En la marisma del río había un troncón que esperaba allí ser convertido en palo de barco. Y él decidió que entre todos empujaran el tronco y lo echaran al agua. El amo del tronco se pondría indignado al encontrarse sin él, y ellos se divertirían con la bromita. Su proposición fué aprobada por unanimidad.

Pero en el mismo instante en que iba a comenzar la fiesta, Makhan, el hermano menor de Phatik, vino por allí vagando y se sentó en el tronco, ante toda la pandilla, sin chistar. Los muchachos se quedaron dudosos un momento. Uno le empujó tímidamente, y le dijo que a ver si se levantaba; pero él siguió imperturbable. Parecía un joven filósofo meditando sobre la vanidad de los juegos. Phatik se puso furioso y le gritó: "¡Makhan, si no te quitas de ahí ahora mismo, verás la tunda que te doy!"

Makhan se movió un poquito, pero fué para ponerse más cómodo.

Ahora bien, Phatik había de conservar su dignidad real ante los suyos; claro estaba que tenía el deber de llevar a cabo su amenaza. Mas le faltó el valor en el instante supremo. Sin embargo, su magín encontró en el acto una nueva treta que desconcertara a su hermano y ofreciera a sus secuaces nueva diversión. Así, pues, chilló las órdenes necesarias para que echaran a rodar el tronco con Makhan encima. Makhan lo oyó e hizo puntillo de honor el quedarse en su sitio, aunque sin reparar, como tantos que buscaban fama terrena en otras cosas, el peligro que corría.

Los chiquillos empezaron a empujar el tronco, con toda su fuerza, gritando: "¡A la una, a las dos, a las tres, va!" Al decir ¡va!, el tronco rodó y con él la filosofía de Makhan, su gloria y lo demás.



Aquella noche al volver de la escuela, Phatik sintió mucho dolor de cabeza y escalofrios. Comprendió que iba caer con fiebre, y su único espanto era ser un estorbo para sus tíos, y salió corriendo para el campo.

Todos clamaban de júbilo hasta enronquecer. Phatik estaba un poco asustado porque sabía la que le esperaba. Makhan, por su parte, se levantó de la Madre Tierra, ciego como el Destino y berreando como las furias, se arrojó contra Phatik, le arañó la cara, le pegó con las manos y con los pies y luego se fué a casa llorando. Con lo que había terminado el primer acto del drama.

Phatik se secó la cara, se sentó en el borde de una barcaza hundida en la orilla del río y se puso a mascar un yerbajo. En esto atracó un bote al muelle, y un hombre de mediana edad, con el pelo cano y el bigote negro, saltó a tierra. Vió al chico allí, sin hacer nada, y le preguntó dónde vivían los Chakravortis. Phatik, sin dejar de mascar, dijo: "¡Allí!" pero no era posible saber adónde señalaba. El desconocido volvió a preguntarle. Phatik se puso a golpear la barca con los talones, y replicó: "¡Averígüelo usted!", y siguió mascando su yerbajo.

Pero en aquel instante llegó un criado de su casa y le dijo a Phatik que su madre lo llamaba. Phatik se negó a moverse. Mas en esta ocasión el criado era el amo, y cogiendo rudamente a Phatik, se lo llevó pataleando y forcejeando con impotente coraje.

Cuando Phatik entró en la casa, su madre le increpó enfadada: "¿Ya le has pegado otra vez a Makhan?"

Phatik, indignado, contestó: "¡Eso no es verdad! ¿Quién te lo ha dicho?"

Su madre le replicó: "¡No mientas, ya sabes que es verdad!"

Phatik dijo: "¡Te digo que no es verdad, y si no, pregúntaselo a Makhan!" Makhan tuvo a bien aferrarse a su primera acusación, y afirmó: "¡Si madre, Phatik me ha pegado!"

A Phatik se le acabó la paciencia. No podía soportar tal injusticia. Se echó sobre Makhan y le golpeó fuerte, gritándole: "¡Toma, toma, toma; para que otra vez no digas embustes!"

La madre se puso de parte de Makhan y se llevó de allí a Phatik, dándole en las manos. Entonces Phatik la empujó, y ella le dijo: "¡Asquerocillo, a tu madre!

En este crítico momento entraba el desconocido del pelo cano, y preguntando qué pasaba. Phatik estaba encogido y vergonzoso.

La madre dió un paso atrás al ver al extranjero, y su ira se trocó al punto en sorpresa. Era su hermano el que llegaba. Le gritó: "Dada, ¿de dónde vienes?" Y al decirlo, se inclinaba al suelo, hasta tocar los pies de su hermano.

El se había marchado, a poco de ella casarse, a trabajar en Bombay. Mientras, ella se había quedado viuda. Luego Bishamber había vuelto a Calcuta y se puso a averiguar el paradero de su hermana. En cuanto lo supo, se apresuró a venir a verla.

Los días siguientes fueron de regocijo. Bishamber preguntaba sobre la educación de los dos niños. Ella le dijo que Phatik era un desastre: perezoso, loco, desobediente; pero que Makhan era bueno como el oro, sumiso como una oveja y aficionadísimo a la lectura. Entonces Bishamber le ofreció bondadosamente cargar con Phatik y educarlo con sus hijos en Calcuta, a lo que la viuda accedió gustosa. Cuando su tío preguntó a Phatik si quería irse con él a Calcuta, el niño se volvió loco de alegría, y le contestó: "¡Ya lo creo, tío!", y de un modo, que se veía claro que lo decía de veras.

Fué un alivio grandísimo para la madre el quedarse sin Phatik. Le había tomado manía al muchacho, y nada se perdía con separar a los dos hermanos, que no se llevaban bien. Temía que el día menos pensado Phatik ahogara a Makhan en el río, que le abriera la cabeza en una pedrea, o alguna cosa por el estilo; pero, al mismo tiempo, le daba pena ver la impaciencia terrible de Phatik por irse.

Phatik, en cuanto se hubo resuelto lo de su marcha, preguntaba a su tío a cada instante cuándo se iban. Se pasaba el día nervioso y despierto la noche. Le regaló a Makhan, para siempre, su caña de pescar, su barrilete grande y sus bolas. Hay que confesar que en esto no pudo ser más generoso con su hermano.



De un bote que atracó al muelle, un hombre de mediana edad, con el pelo cano y el bigote negro, saltó a tierra. Vió a Phatik allí, sin hacer nada y le pregutó dónde vivian los Chakravortis, y Phatik, sin dejar de mascar, dijo: "¡Allí!", pero no era posible saber a dónde señalaba. El desconocido volvió a perguntar y Phatik replicó: "¡Averígüelo usted!" y siguió mascando.

Cuando llegaron a Calcuta, Phatik conoció a su tía, la cual no estaba muy contenta con ese innecesario aumento de familia. Le parecía que con sus tres hijos tenía más que sobrado; y traer ahora un zanganote del pueblo a la casa, era un trastorno terrible. ¡Verdaderamente que Bishamber debió haber pensado mejor en todo, antes de cometer semejante tontería!

En este mundo humano, no hay estorbo mayor que un muchacho de catorce años. No es decorativo ni útil, no se le puede querer como a un niño chico, y siempre está molestando. Si habla infantilmente, se le dice criatura; si contesta como un hombrecito, impertinente. Diga lo que diga, fastidia. Además, está en el momento poco atractivo del desarrollo; crece demasiado para su ropa, con prisa indecorosa; la voz se le vuelve ronca, y gallea y se le quiebra; la cara se le pone de pronto angulosa y desagradable. Los defectos de la niñez se disculpan fácilmente, pero ¡qué difícil es tolerar los deslices inevitables de un muchacho de catorce años! El mismo se da dolorosa cuenta de lo que es, y cuando habla con los mayores, es tan excesivamente atrevido o tan exageradamente tímido, que parece avergonzado de su propia existencia.

Y, sin embargo, en esta edad es cuando el corazón de corazones de un adolescente anhela más que se reconozca lo que vale y se le ame, y el muchacho se vuelve esclavo ferviente de quien le muestra consideración. Pero nadie se decide a quererlo con franqueza, pues esto se tomaría como exceso de indulgencia, malo para el muchacho. Con que, entre réplicas y regaños, se le convierte en algo parecido a un perro vagabundo que ha perdido a su amo.

El único paraíso para un niño de catorce años, es su propia casa. Estar, como extraño, en casa extraña, es su peor martirio, mientras que lo más alto de su felicidad es ser mirado bondadosamente por las mujeres y no ser nunca desairado por ellas.

Para Phatik era una verdadera angustia sentirse un huésped mal recibido de su tía, despreciado por esta señora ya de cierta edad, y lleno a cada instante de desaires. Si ella le pedía alguna vez que hiciese algo, se regocijaba el pobre de tal manera, que siempre se excedía; y su tía le tenía que decir que no fuese tan estúpido y que a ver si adelantaba más en las lecciones.

La asfixiante atmósfera de abandono en casa de su tía, ahogaba a Phatik de tal manera, que sentía como si en realidad no pudiese respirar. El querría salir al campo y llenarse los pulmones respirando abiertamente. Pero no tenía campo donde ir. ¡Por todas partes las casas y las murallas de Calcuta! Y soñaba todas las noches en su casa de la aldea, y anhelaba volver a ella. Se acordaba del hermoso prado donde se pasaba el día remontando su barrilete; de las anchas orillas del río por donde todo el día vagaba, cantado y gritando de alegría; del riachuelo donde se bañaba y nadaba cuando le daba la gana; de sus compañeros, de los cuales era déspota; y, sobre todo, se acordaba, día y noche, de aquella madre tirana que la tenía tomada con él. Era una especie de celo como el de los animales, un afán de estar ante un sér amado, una nostalgia indefinida de ausencia, un grito silencioso del fondo del corazón a su madre, como el berrido de un ternerillo en el crepúsculo. Un amor casi animal agitaba al muchacho tímido, nervioso, delgaducho, desgarbado, feo. Nadie lo podía comprender; pero aquello le iba minando el pensamiento sin parar.

En la escuela no había niño más atrasado que Phatik. Cuando el maestro le hacía alguna pregunta, abría la boca y se quedaba así, mudo, y como un burro demasiado cargado, sufría paciente todos los golpes que le caían sobre la espalda. Mientras los demás niños jugaban afuera, él se ponía triste junto a la ventana a mirar y a mirar los tejados de las casas lejanas. Y si veía niños jugando en alguna azotea abierta, su corazón le dolía de afán.

Un día reunió todo su valor y preguntó a su tío:

—Tío, ¿cuándo podré irme a mi casa?

Su tío le contestó:

—Espera que lleguen las vacaciones.

Pero las vacaciones no eran hasta noviembre, ¡y faltaba tanto todavía!

Una vez, Phatik perdió su libro. Con el libro mismo le era difícil preparar su lección, pero sin él, le era imposible. Y día a día, el maestro le pegaba sin compasión. Su estado llegó a ser tan lamentable, que sus mismos primos se avergonzaban de confesar su parentesco con él, y le motejaban y le hacían burla más que los otros niños. Al fin se decidió a decirle a su tía que había perdido el libro.

Ella plegó la boca con desprecio, y le dijo:

—Pedazo de estúpido, ¿tú crees que puedo estarte comprando, con este familión, un libro cada semana?

Aquella noche, al volver de la escuela, Phatik sintió mucho dolor de cabeza y escalofríos. Comprendió que iba a caer con fiebre, y su único espanto era ser un estorbo para su tía.

Por la mañana no se encontró a Phatik en ninguna parte. Las buscas por el vecindario fueron inútiles. Había estado lloviendo a cántaros toda la noche, y los que salieron buscando al niño volvían calados hasta los huesos. Por fin, Bishamber dió parte a la policía.

Al anochecer se detuvo a la puerta de la casa un furgón. Todavía estaba lloviendo y las calles iban como ríos. Dos alguaciles sacaron a Phatik en brazos y se lo dieron a Bishamber. Estaba el niño mojado hasta los tuétanos, sucio de fango de los pies a la cabeza; su cara y sus ojos ardían de fiebre, y temblaba todo. Bishamber lo cogió en brazos y lo llevó adentro. Cuando su mujer lo vió, salió vociferando:

—¡Valiente carga! ¿No sería mejor que lo mandaras de una vez a su casa?

Phatik oyó lo que decía ella y sollozó alto:

—¡Tío, yo me iba a mi casa, pero me cogieron!

La fiebre subió mucho, y toda la noche estuvo el niño delirando. Bishamber llamó al médico. Phatik abría mucho los ojos, sangrientos por la fiebre, los fijaba en el techo, y decía confusamente:

—Tío, ¿todavía no han llegado las vacaciones? ¿No puedo irme ya a casa?

Bishamber se secó las lágrimas, cogió con sus manos las manitas delgadas y ardientes de Phatik, y estuvo sentado a su lado toda la noche. El niño comenzó de nuevo a hablar entre dientes. Luego su voz se excitó y gritaba:

— ¡Madre, no me pegues más! ¡Te estoy diciendo la verdad, madre!

Al otro día Pahtik recobró el sentido un ratito. Miraba por todo el cuarto, como si esperase que llegara alguien. Al fin, desengañado, hundió de nuevo la cabeza en la almohada y, dando un hondo suspiro, volvió la cara contra la pared.

Bishamber sabía bien lo que quería, e inclinándose sobre él le dijo bajito:

—Phatik, tu madre va a venir.

Pasó aquel día. El médico se mostró preocupado y dijo que el niño estaba muy mal.

Phatik comenzó a gritar:

—¡Tres brazas por la marca! ¡Cuatro brazas por la marca! ¡Por la marca!...

Era lo que había oído al marinero del vapor del río, cuando gritaba la señal de la sonda. Y ahora él estaba sondando un mar sin fondo.

La madre de Phatik llegó al caer aquella tarde. Entró como un torbellino en el cuarto, y comenzó a tirarse de un lado a otro, y a gemir y a gritar como una loca.

Bishamber procuraba tranquilizarla. Ella, sin hacer caso, se echaba sobre la cama del niño, gritando:

—¡Phatik, hijo mío, hijo mío!

Phatik se calmó un momento. Sus manos dejaron de dar golpes a un lado y otro. Y dijo:

—¿Qué?

La madre gritó de nuevo:

—¡Phatik, hijo mío, hijo mío!

Phatik volvió despacito la cabeza, y sin ver, dijo:

—Madre, ya son las vacaciones.



La madre de Phatik llegó al caer de aquella tarde. Entró como un torbellino en el cuarto del enfermo, y comenzó a tirarse de un lado a otro, y a gemir y a gritar como una loca.

EN EL MUNDO DE LA ILUSION

CRIATURAS DE CHINA Y DE TRAPO

Por DE PINEDO





He aquí una de las manufacturas más nobles y simpáticas de la industria humana: la que crea seres de china, de porcelana, de barro, de trapo, de cartón... "Son los hijos del hombre que alegran la vida", dijo Galdós de los niños. Son los hijos de la ilusión, que alegran a las criaturas, pudiera decirse, parodiando la frase, de estos minúsculos personajes de ojos de cristal, cabecitas de seda, vientres huecos, rostros pintados, pelo "de veras"...

—¿A qué esperás? ¡Vamos, entrad por nosotros, que tan impacientes os aguardábamos!

Los ojos de los niños (¿hay algo más sagrado que esto frente a la impureza y el dolor y el desencanto de la vida?) tienen para los juguetes una mirada codiciosa, y sus manecitas, con emoción tembladeria, tiéndense hacia los juguetes... Todos se los llevarían a casa; a todos, a un tiempo, les cubriarían bajo las alas de ángel de su ternura.

La fabricación de juguetes se ha elevado a la categoría de arte. La muñeca ha progresado mucho, como todo producto de la civilización. De la muñeca primitiva —burda y rudimentaria monigote como un fetiche — a la muñeca de hoy, lujosa, original, pintoresca, hay muchos siglos de esfuerzo y atención para la alegría de la infancia. Comenzó la muñeca por delinearse, formarse, al igual del tosco entre los dedos artífices; adoptó luego maneras, gestos; actitudes, "consciente" de la importancia de su papel en la sociedad; aprendió a mover los brazos y las piernas; mostrándose con ingenioso mecanismo de caprichosa modernas, a abrir y cerrar los ojos, a



hablar, a decir "papa" y "mamá" — poca cosa a primera vista, en realidad, pues que en estas dos palabras resume el niño cuanto ve, cuanto sabe y cuanto ama —. Por último, la muñeca se lanzó a andar como una persona, al bien con la prudente advertencia de "Si me llevan de la mano, ando".

Cambiando de gesta y de hechura, según el país en que nació: aquí, cándida, bobalicona; allí, con picaro mirar travieso; en esta otra parte, tirando más a caricatura que a retrato; acullá, mostrándose con ingenioso mecanismo de caprichosa modernas, a abrir y cerrar los ojos, a



La fantasía, siguiendo tenaz de la ternura infantil. Desde las vitrinas, desde las estanterías, gestos y guiños de muñecos parecen de-

zos a su "bebé"; dulzura de maternidad, remedo ineffable del acto más santo que existe sobre la tierra.

DE COMO UN MONO :: SE HIZO REY ::

UNA vez... El héroe de este cuento es un mono. Este, cuando fué mayor, le dijo a su Madre: —Madre, tenéis la bondad de sacarme siempre otra vez de casa, para que me siente fuera y tome el sol.

La madre le respondió, diciendo: —Está bien, hijo mío; pero que así como tú se parezca tanto a un mono, no debería dejarse ver en un lugar por donde pasa tanta gente.

Respondió el hijo: —Puede que sea verdad, madre mía; pero no importa.

Todas las mañanas sacaba la madre a su hijo, y la tenía en el suelo, y entonces se sentaba en ella el manecos. Ocurrió cierto día que la hija mayor del rey, yendo a bañarse, pasó por el lugar donde estaba sentado el mono. Entonces pensó el mono:

—¡Oh! ¿Qué ocurriría si se casara conmigo la princesa?

Y fué a su madre y le dijo:

—Madre, ten la bondad de preguntarle a la hija del rey si quiere casarse conmigo.

La madre respondió: —¡Quita allá, hijo mío! ¿Qué te figuras? No querrá casarse con uno que no parece hombre. Y, además, gente tan pobre como nosotros ¿cómo podría casarse con una hija de rey? Eso no es posible, hijo mío. No nos pongamos en ridículo. Pero no te ofendas por lo que te digo.

Pero el mono siguió insistiendo, y dijo: —Sea como quiera, infeliz, madre. Creo que querrá.

Por lo tanto, la madre fué. Cuando llegó al palacio real, le preguntó al rey: —Señor rey, yo vengo enviada por mi hijo el mono, y debo preguntaros, según me dijo él, si estaríais conforme en darle la mano de vuestra hija mayor.

Respondió el rey: —Bueno; pero pregúntale a la moza misma si quiere o no quiere.

La madre del mono le preguntó entonces a la moza, y le dijo: —Princesa, me envía mi hijo el mono para preguntaros si queréis ser su mujer.

Repuso la princesa: —¡Quita allá! ¿Quién se casaría con un mono? Aunque hasta mi muerte no debiera tener esposo, jamás consentiría en casarme con él. Yo no; entiéndelo bien. Pero preferiría a más otras hermanas más jóvenes si quiere alguna de ellas. Somos nueve hermanas.

La madre preguntó a las otras ocho doncellas. Sólo consintió la más joven.

Cuando la más joven hubo dado el sí, regresó a su casa la madre del mono, y le contó a su hijo lo que le había pasado. Entonces el mono le dijo a su madre: —Madre, véame esto anochecer junto a mi prometida. Saldremos los dos y nos bañaremos en sus baños.

Cuando anocheció, la madre llevó al mono a su novia. La princesa le recibió alegremente. Y el mono le dijo a su prometida: —Si estás conforme, salgamos juntos y bañémonos en tus baños.

La princesa respondió: —Pues ven conmigo.

Y se fueron. Cuando estuvieron en el sitio del baño, desnudóse el mono, y entonces vió la princesa que era un príncipe resplandeciente. Después del baño, el mono pronunció un encanto sobre sus vestidos, diciendo:

—¡Sus, ya! Mis pobres harapos; ropajes de la princesa, trocaos en vestiduras más hermosas que las regias.

En seguida estuvo todo tal como el mono lo había expresado en su encanto. Se vistieron y se dirigieron a casa. Por donde quiera que pasaban, se asombraba la gente de que el mono se hubiera convertido en un príncipe tan hermoso y magnífico, y también el rey se quedó muy sorprendido al verlos; en primer lugar, porque el mono parecía tan cambiado; y después, porque traían adornos tan hermosos. El rey le dijo al mono: —Señor mono, ¿cuándo debe celebrarse la boda?

Respondió el mono: —Pasado mañana, señor rey, porque antes quiero procurarme una casa.

El mono volvió a sus encantamientos, y dijo:

—¡Sus, ya! Mi vieja casita, conviértete en una nueva llena de muebles y ropas, más hermosas que la regia.

Inmediatamente se realizó el encanto. Al tercer día se celebraron con todo esplendor las bodas.

Después de esto, dijole el mono a su esposa: —Tengo que hacer ahora un viaje, y a fin de que tus hermanas mayores no te defien con su envidia, tienes que hacer lo siguiente: si te ruegan que vayas con ellas a la orilla del mar para columpiaros, lleva contigo una nuez de areca y un huevo, y si os columpiáis y te lanzan violentamente al mar, rompe da prisa el huevo y colócalo en lo alto de la nuez de areca. Entonces aparecerá un gallo. Y cuando canto lo oiré yo.

Dicho esto, partió el mono. Mientras estaba de viaje, las hermanas invitaron a la mujer del mono a columpiarse a la orilla del mar. Pero habían determinado entre sí secretamente: —Cuando la mujer y el mono se columpie, la echaremos a mar con todas nuestras fuerzas para que se ahogue.

Así lo hicieron. Cuando la mujer del mono se columpiaba, la empujaron hacia el mar con la cascó rápidamente el huevo y lo puso sobre la nuez de areca, y entonces cantó el gallo. Apenas



el mono hubo oído el canto del gallo, cuando volvió corriendo hacia su mujer, y al llegar vió a su mujer tranquilamente instalada con el gallo sobre la nuez de areca. En seguida cogió a su mujer, la escondió en una canasta y se dirigió a su casa. A su llegada, ya estaba allí la hija mayor del rey. El mono le preguntó: —¿Dónde está mi mujer?

La moza respondió: —Tu mujer soy yo. ¿Cómo dudas de ello?

El mono dijo: —¿Es verdad eso?

Y ella respondió: —¡Manifiesta!

Entonces el mono fué al rey y le preguntó: —¿Es realmente mi esposa la mujer que encuentro en mi casa?

El rey le respondió: — Sí.

El mono le dijo otra vez al rey: —Pero, ¿es realmente la misma?

El rey replicó: —Si no lo es, entonces yo, mi mujer y las otras hermanas de tu esposa, seremos todas esclavas; pero si lo es, seréis despedazados.

Entonces el mono hizo abrir la canasta donde había escondido a su esposa. La princesa salió de ella y se presentó ante los reyes y sus hijas. Y en el mismo día el rey, la reina y sus hijas fueron esclavos del mono. Y el mono fué rey.

QUINTO CONCURSO DEL CUENTO SIN FINAL

Lectorcitos amigos: He aquí una oportunidad de ganarse una libra esterlina que les ofrece* CRITICA PARA LOS PIBES. *Este es el quinto cuento del Concurso sin final. Todos los pibes que deseen tomar parte en nuestro concurso deberán escribir la terminación que se les ocurra. La terminación que resulte aceptada, que lo será la mejor, será publicada en nuestro número próximo, y su autor o autora, recibirá la libra esterlina de premio. Las respuestas deben ser dirigidas a la dirección de* CRITICA PARA LOS PIBES, *Sarmiento 1546

En otro tiempo había siete especies de animales: el carabao, el caballo, el buey, el perro, el ciervo, el corzo y el almizclero. Estos animales querían coger peces. Echaron una red, la recogieron, y habían cobrado muchos peces. Arrojaron la presa en la playa, y alguien dijo:

—¿Quién quiere guardar los pescados mientras hacemos un nuevo lance? Puede venir el Gergasi.

Habló así el carabao:

—Yo la guardaré. No le tengo miedo y le embestiré con los cuernos si se me presenta.

Cuando se habían marchado los otros animales, apareció el Gergasi y dijo:

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! Cuántos peces habéis pescado !Me los comeré en seguida y a ti con ellos.

El carabao repuso:

—Bueno. Intenta acercarte y te espetaré mis cuernos.

—Eso sería — respondió Gergasi, — si ya no fuera capaz de comer vuestra pesca.

Cuando el Gergasi estuvo muy próximo, el carabao hizo como si quisiera engancharle con los cuernos; entonces el Gergasi se los agarró y los asió tan firmemente que el carabao no podía moverse; pués el Gergasi era muy grande y fuerte. Entonces mugió el carabao:

—Suéltame y te dejo comer los peces.

Entonces el Gergasi lo dejó libre y el carabao nadó en busca de sus compañeros que pescaban en el mar peces. Cuando llegó junto a ellos les dijo:

—El Gergasi ha devorado los peces; me cogió por los cuernos y no pude hacer nada contra él.

Entonces los otros animales se enfadaron con el carabao y dijerón:

—Podemos pescar hasta que nos caigamos muertos y el Gergasi devorará toda nuestra pesca.

Y entonces dijo el caballo:

—Pesca tú con los otros; yo guardaré los pescados, y si no logro morderlo le daré de coces con mis cascos.

Entonces los animales llevaron al mismo sitio su pesca, y confiaron la custodia al caballo y partieron en busca de nuevo botín. Cuando estaban un poco apartados, volvió a presentarse el Gergasi y dijo:

—¡Ah! ¡ah! ¡ah! Si no te largas en seguida, te como a ti con los peces.

—Está bien — respondió el caballo. — inténtalo siquiera; defenderé nuestra pesca aunque tenga que morir en la defensa.

Cuando se acercó el Gergasi, el caballo quiso morderle; pero el Gergasi lo cogió por la cabeza y quedó sin fuerza. En seguida se alzó de manos el caballo y el Gergasi tuvo que soltarle la cabeza. Cuando se vió libre, lo acometió a coces: pero Gergasi lo cogió por una pata de atrás. Entonces rogó el caballo que lo pusiera en libertad. El Gergasi lo hizo, y mientras el caballo nadaba hacia sus compañeros, devoró la pesca.

Cuando el caballo llegó junto a sus camaradas, les dijo:

—Intenté todo lo posible, pero el Gergasi se ha comido la pesca. Primero quise morderle, y él logró cogerme por la cabeza. Entonces me encabrité, me sacudí, quise pisotearle, pero él me agarró por un casco y tuve que rendirme.

Entonces replicaron sus compañeros:

—¿Qué objeto tiene el que cojamos peces? Nos fatigamos y el Gergasi los devora. Lo mejor será que nos marchemos a casa.

Y el buey, el ciervo, el perro y el corzo dijeron:

—¿Para qué hemos de intentar luchar contra el Gergasi? Los animales más fuertes han tratado de hacerlo y nada han logrado. Marchémonos a casa.

Sólo el almizclero guardó silencio; y cuando todos los otros hubieron manifestado su opinión, él dijo:

—Seguid pescando: esta vez quiero yo estar al cuidado.

—Vamos; ¡pues sí que harás gran cosa tú, que eres tan pequeño! — respondió el caballo. ¿Como quieres triunfar del Gergasi?

—Eso es cuenta mía — respondió el almizclero; — cierto que no puedo luchar con él o matarlo, pero guardaré la pesca.

Pero los otros animales querían volver a casa; por último, los convenció el almizclero. Volvieron a pescar y echaron la pesca en el mismo lugar de la costa. Entonces dijo el ciervo:

—¿Quién quiere guardarla?

El carabao respondió:

—El almizclero dijo que lo haría él.

—Ya lo creo — replicó el almizclero. — Yo la guardaré; pero acaso algún otro prefiera hacerlo, porque yo soy demasiado pequeño.

Más nadie estaba dispuesto. Por lo tanto, dijo al almizclero:

—Bueno, entonces yo la vigilaré. Poned todos los peces en un montón y cubridlos con hojas en forma que nadie pueda verlos.

Los compañeros amontonaron los peces de cualquier manera, los cubrieron con hojas, y cuando todo estuvo hecho, volvieron otra vez a la pesca.

Cuando hubieron partido los otros, el almizclero buscó algunas rotas y las cortó en tiras como se quisiera atar o tejer algo con ellas. Apenas las tenía hechas cuando apareció también el Gergasi y le dijo:

—¡Ah!, ¡ah!, ¡ah! ¿Quién vigila ahora es el almizclero? Está bien. El carabao y el caballo han tenido que abandonarme la pesca. ¿Qué quieres hacer tú, pequeño? Dame los peces o te devoro a ti con ellos.

Repuso el almizclero:

—Yo no guardo aquí ninguna pesca, estoy cortando rotas.

Entre tanto, el Gergasi habíase aproximado — no había visto la pesca, — y siguió preguntando:

—Vamos, ¿y qué haces tú con las rotas?

—Me las ato alrededor de la rodilla — respondió el almizclero.

—¿Y por qué haces eso? — interrogó de nuevo el Gergasi.

—Mira hacia el cielo — repuso el almizclero; — parece como si fuera a caerse de un momento a otro. Fíjate bien en lo bajo y colgante que está ya. Por eso me ato esto alrededor de la rodilla.

—Pero ¿por qué te atas las rotas alrededor de las rodillas si crees que va a venirse abajo el cielo? — preguntó el Gergasi.

—Lo hago para no hacerme daño cuando descienda al pozo; porque si viene abajo el cielo, me meteré dentro de él para que no me caiga encima nada.

El Gergasi contemplaba el cielo. Parecía literalmente que colgaba bastante bajo.

—Véndame primero a mí las rodillas — dijo; — después vendarás las tuyas.

—Con mucho gusto — repuso el almizclero, — pero tienes que sentarte sobre el pozo.

Se dirigieron ambos hacia el pozo; el almizclero llevaba las tiras de rota. Entonces dijo el Gergasi:

—Bueno, pues átate primero tus rodillas.

Pero el almizclero replicó:

—Si me vendo primero las mías, entonces ya no puedo hacerte nada a ti.

—Está bien — dijo el Gergasi: — ponme entonces primero a mí las tiras de rota; pero tienes que bajar al pozo antes que yo.

—De acuerdo: pero escucha — dijo el almizclero; — si hago lo que dices, entonces no pereceré cuando se venga abajo el cielo, sino que tú me asesinarás dentro del pozo al caerme sobre la cabeza.

El Gergasi estuvo conforme, le pareció manifiesta la justeza de lo que decía el almizclero. El almizclero hizo su trabajo de un modo fundamental; ligóle al Gergasi las manos con las rodillas con toda fuerza.

—¿Por qué me atas tan fuerte? — preguntó el Gergasi; pero el almizclero, como respuesta, le dió un empujón y el Gergasi se precipitó dentro del pozo.

—Y ahora ya puedes quedarte ahí hasta que revientes — dijo el almizclero; — te habías equivocado al juzgar mi sabiduría.

—Pero ¿tendré que morir aquí abajo? — preguntó el Gergasi.

—Sí — respondió el almizclero; — ya que siempre nos has robado nuestros peces.

Al cabo de algún tiempo llegaron los compañeros del almizclero, anastiando nueva pesca.

—Mirad lo listo que soy — dijo el almizclero; — he amarrado al Gergasi. Decíais que era tan fuerte. Si lo fuera, ¿cómo hubiera podido yo vencerlo?

—Mientras — gritaron el carabao y el caballo. — ¡Qué ibas a poder atarlo tú!

—Si no me queréis creer, miradlo vosotros mismos — replicó el almizclero. — Está en el pozo.

Todos los animales fueron al pozo y vieron en él al Gergasi. Entonces dijeron el carabao y el caballo:

—¿Cómo has podido hacerlo?

—¡Ah! Eso es largo de contar — repuso el almizclero; — no comprenderíais nada de mis astucias; pero, en todo caso, haréis bien en coger ahora una pica y acabar con él, ya que tan a menudo os ha robado vuestra pesca.

En seguida mataron al Gergasi con una pica. Cuando el Gergasi

CUPON N.° 5
Concurso de cuentos

(N.° 5)

(Para incluir con las terminaciones del

Nombre ....

....

Dirección ....

....

Edad ....

....

RESULTADO DEL CUARTO CONCURSO PARA LOS PIBES

TAL como ocurrió con los anteriores concursos del "Cuento sin final", el número 4, que apareció en "CRITICA PARA LOS PIBES" de la semana pasada, ha merecido una especial atención de parte de nuestros pequeños lectores. La mejor prueba de ello la dá el hecho de que son muchas, muchísimas, las contestaciones que nos han llegado. Todos los finales que recibimos son tan buenos, tan acertados, que su autores son merecedores a una libra esterlina cada uno, pero como desgraciadamente sólo tenemos una sola, debimos decidirnos, y la adjudicamos a la niña Beatriz M. Bomarito, pues el final que nos envió se destaca entre todos. Paciencia; la semana próxima la libra será para uno de Vds. nuestros buenos amiguitos. La agraciada deberá pasar por la redacción de "CRITICA PARA LOS PIBES", donde se le entregará el premio.

EL FINAL

Resuelto a vengarse de los tres gitanos decidió comprar dos cabras iguales al pastor y con una de ellas se encaminó hacia donde podía encontrarlos no tardando en dar con ellos: éstos al verlo lo saludaron cariñosamente y lo invitaron a beber en la taberna; aceptó Don Domingo y pensando siempre de vengarse lo mejor posible invitó a los tres amigos a cenar con él.

Sota, Caballo y Rey que no perdían oportunidad de divertirse a costa ajena aceptaron de inmediato y aquí empieza la treta de don Domingo y les dice:

Bueno como yo tengo que ir al pueblo voy a mandar a esta cabra para que avise a mi mujer que prepare la cena para tres invitados y; cuál no sería la sorpresa de éstos al oirle decir esto al campesino, pero: ¡cómo! exclaman a un tiempo ¿esa cabra sirve de mandadero? Como lo oyen ya lo verán ustedes; replicó don Domingo——y uniendo la acción a la palabra dice a la cabra—vete corriendo y dile a doña Mónica (que ya estaban convenidos de antemano) que prepare una buena cena pues voy a llevar a tres amigos y pegándole una palmada a la cabra ésta se largó a disparan y como es natural se perdió en los campos.

Don Domingo saludó a los tres bribones y se alejó saboreando al fin que tendría su venganza.

Entrada ya la noche y de vuelta al pueblo encontró a sus amigos que lo aguardaban en la puerta de la taberna y emprendieron la marcha dispuestos a hacerle el honor al suculento menú mandado a preparar. Doña Mónica ya esperaba con la mesa puesta; Sota, Caballo y Rey se quedaron perplejos y no pudiéndose contener se dijeron: ¿será posible que esa cabra pueda tener ese entendimiento?; y así como ustedes lo ven le replicó el matrimonio y para desengañarlos los llevó al patio para que vieran la otra cabra igual que Don Domingo había dejado; caídos en la trampa dicen los invitados. Pues nosotros, si Vds. quieren, le compraríamos la cabra a cualquier precio. De ninguna manera y a ningún precio— así quedaron y haciendo un paréntesis en la conversación se sentaron alrededor de la mesa y cenaron departiendo un largo rato.

Terminada la cena al despedirse volvieron a formular la propuesta ofreciéndole por la cabra cien duros; el matrimonio fingiendo no interesarles los cien duros y entre sí y no decidieron la venta llevándose la cabra y despidiéndose se retiran muy contentos de la adquisición que habían hecho y quedaron convenidos en que saldrían al otro día con la cabra.

Don Domingo y Doña Mónica comentaban risueñamente el caso, sobre todo Doña Mónica que recuperaba con creces la pérdida del burro y de los duros que le había costado.

Al día siguiente al rayar el alba salieron Sota, Caballo y Rey a la pesca de algún otro ingenuo y generoso como don Domingo en dirección al pueblo; antes de salir dice Rey a su mujer que en caso de que le pasara algo se lo haría saber con la cabra—quien ya estaba enterada del don que poseía el animal.

Después de andar varias horas sin encontrar ningún candidato y como no estaban dispuestos volver sin antes sacar provecho de tan largas caminatas y pensando de que no llevaban dinero para almorzar deciden mandar a la cabra que avise a su mujer que les llevara unos duros para comer que ellos la esperarían a la puerta del mercado; pues así ellos en la tarde podrían conseguir hacer caer en la red alguno, y soltando la cabra emprende veloz carrera internándose en los bosques sin saber hasta ahora que fué de élla.

Los tres atorrantes espera que te espera el dinero y extenuados por la falta de alimentos pues durante todo el día no probaron bocado y furiosos con la pobre María (que así se llamaba la mujer de Rey) decidieron volver e increparle duramente su proceder, sin pensar, ni remotamente, que eran víctimas del engaño de Don Domingo.

Mucho tiempo tardaron en la vuelta pues estaban tan cansados que no tenían ya fuerzas, encontrando a la pobre mujer que los esperaba intranquila por la tardanza de su marido. Rey furioso y fuera de sí le grita ¡imbécil; no te ordené por medio de la cabra que llevaras dinero para poder comer? y acto seguido le aplicó una bofetada en el rostro.

María indignada por el proceder de su marido y sin poder contener las lágrimas que brotaban de sus ojos, más por indignación que por el dolor, les explicaba el error en que icurrían pues a pesar de los malos ratos que había pasado pensando en lo que le hubiera ocurrido, la cabra no aportó por ese lado.

Recién entonces se dieron cuenta de que habían sido engañados mirándose unos a otros como queriéndose decir ¡bien cara nos ha costado la mula de Don Domingo!

Y para terminar les daré un viejo consejo a mis queridos lectorcitos de Magazine de "Crítica".

No hagas al prójimo lo que no quieras que te hagan a tí.

Beatriz M. Bomarito

Aventuras del Gato con Botas

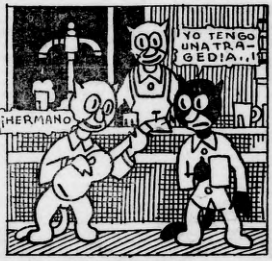
por Linage



ZAPIRON EN LITERATO



En tres noches de festín Zapirón bebe Old Tom Gin.



A consolarlo, Pontezuela, se acercó con su vihuela.



No logró evitar la homilia de su gatuna familia.



Con su curda daba miedo caminando por Boedo.



Sin carnet, ni contraseña, llegó el curdaje a la "Peña".



Consiguió un gramo de coca en un café de la Boca.



Como el guardián no lo asedia, llora su enorme tragedia.



Un amigo de Alvear lo arranca de ese lugar.



Y como su mal remedia, va a leerse su tragedia.